

EL SUCESO

Ocurrió un domingo por la tarde, como hoy, a esa hora en que la gente, cansada de la extraordinaria «diversión», del largo y poco frecuente itinerario, e incluso de las ropas más rígidas que de costumbre, se sentaba pesadamente, comenzando a encontrar irritante la agitación de los que persistían en apurar ruidosamente el día de fiesta. Los gruesos rostros y las gruesas manos, los párpados pesados, el hastío (aunque hubiera quien pensase en ir aquella noche al cine) y la caída del día, contribuían al abotagamiento general de la hora. Y entonces, con un brío increíble, aguzada como mil agujas de hielo, la voz de los chiquillos comenzó a pregonar:

—¡La Hoja del Lunes...! ¡Ha salido la Hoja...!

Hubo de pasar un tiempo, tanto era el embotamiento del público, para que lo extraño del hecho fuera percibido. Unos pensaron que era una broma, otros aseguraban que se trataba de una maniobra política o propagandística, y otros muchos se quedaron desconcertados sin saber qué opinar. Pero cuando los más curiosos compraron el periódico y empezó a correr el rumor de que era cierto, las gentes se abalanzaron en masa hacia los pequeños vendedores y poco tiempo después se agotaron los ejemplares. Febrilmente, los poseedores del ejemplar increíble—y el grupo que los rodeaba—recorrieron las páginas húmedas y comprobaron que era cierto; allí, impreso, comentado periodísticamente, estaba relatado cuanto acababan de vivir, lo que vivían en este momento («EXTRAORDINARIO SUCESO: